

El puñal de plata

(Inédito)

AL rededor de las mesillas de mármol del Gran Café, los inseparables amigos Jaime Espinel, Arturo Vidal y Felipe Blanchet charlaban animadamente.

—Pues yo declaro de un modo rotundo que no he visto nunca una mujer más bella que esa gitana.

—Tú dices eso de todas; tu entusiasmo, Vidal, te hace exagerar.

—Ya lo verás, Espinel; por más exigente que seas, como buen artista, quedarás satisfecho.

—Estoy de acuerdo contigo, —terció Blanchet. —Los ojos de esa mujer son de una hermosura inquietadora; para un cuadro tuyo, esa gitana sería un modelo ideal.

Don Anselmo, el dueño del Café, que escuchaba complacido el diálogo, se acercó al grupo.

—En esas gitanas se encuentran a veces mujeres bellísimas. Si ustedes hubieran conocido a Estrella, la asesinada.

Espinel se volvió hacia el viejo.

—¿Usted vivía aquí cuando se cometió ese crimen, don Anselmo?

—Cómo no, hombre. Recuerdo todo con precisión. Eso fué algo misterioso, novelesco, terrible.

—Cuenta usted, cuenta usted—dijeron a un mismo tiempo los tres jóvenes.—Nosotros sólo conocemos detalles imprecisos.

Y don Anselmo, como infatigable conversador que era, no se hizo repetir la insinuación. Acercó un sillón a la mesa y comenzó:

—Ese crimen se cometió hace mucho tiempo, tanto, que apenas tenía yo unos veintidós años. Estrella era una gitana muy joven y muy bella. Tenía una niña pequeña, de un año, una muñeca preciosa. Era adivinadora. Los gitanos la guardaban y la mimaban como a una divinidad tutelar. Un día, amigos, un día apareció muerta, junto al río, bajo unos sauces. Tenía hundido en el pecho un fino puñal de plata. El asesino tuvo increíbles refinamientos de crueldad: le clavó en los ojos los alfileres áureos que sujetaban sus trenzas y a modo de brazaletes le hizo en los brazos profundas heridas circulares. ¡Cómo se indagó aquel crimen! Muchas personas sospechosas fueron encarceladas por algunos días, pero todas resultaron inocentes. Los esfuerzos de los hábiles detectives venidos de la capital se estrellaron contra el misterio de aquella muerte y...

Don Anselmo se interrumpió. A la

mesilla del frente acababa de acercarse don Javier Piquet. Don Anselmo, levántandose, fué a ordenar al mozo de servicio trajera al aristócrata su taza de café.

Don Javier era un personaje enigmático, ya viejo, riquísimo, siempre silencioso. Descendiente de una familia de la más pura nobleza, vivía solo, aislado en el antiguo palacio que heredara de sus mayores, en medio de sus cuadros valiosos, de sus muebles de un lujo oriental, de sus estanterías

colmadas de libros exóticos. En el pueblo se decía que era un neurasténico, que su silencio era orgullo de gran señor; pero la mayoría afirmaba que, a pesar de su aristocracia y su dinero, don Javier no era sino un pobre loco inofensivo.

Don Anselmo había continuado su relato:

—Al rededor de ese asesinato se forjaron mil leyendas. Estrella fué enterrada allí mismo, bajo los sauces, y de tarde en tarde aparecían sobre su tumba rosas, muchas rosas, renovadas por mano invisible a favor de las sombras. Años después, el fino puñal de plata con que fué asesinada Estrella, desapareció del Juzgado de un modo misterioso, inexplicable.

Para la biliosidad



DIABLITOS